

"Un Año Favorable"

Homilía para la Misa Crismal 2020
Isaías 61, 1-3, 6, 8-9; Apocalipsis 1, 5-8; Lucas 4, 16-21

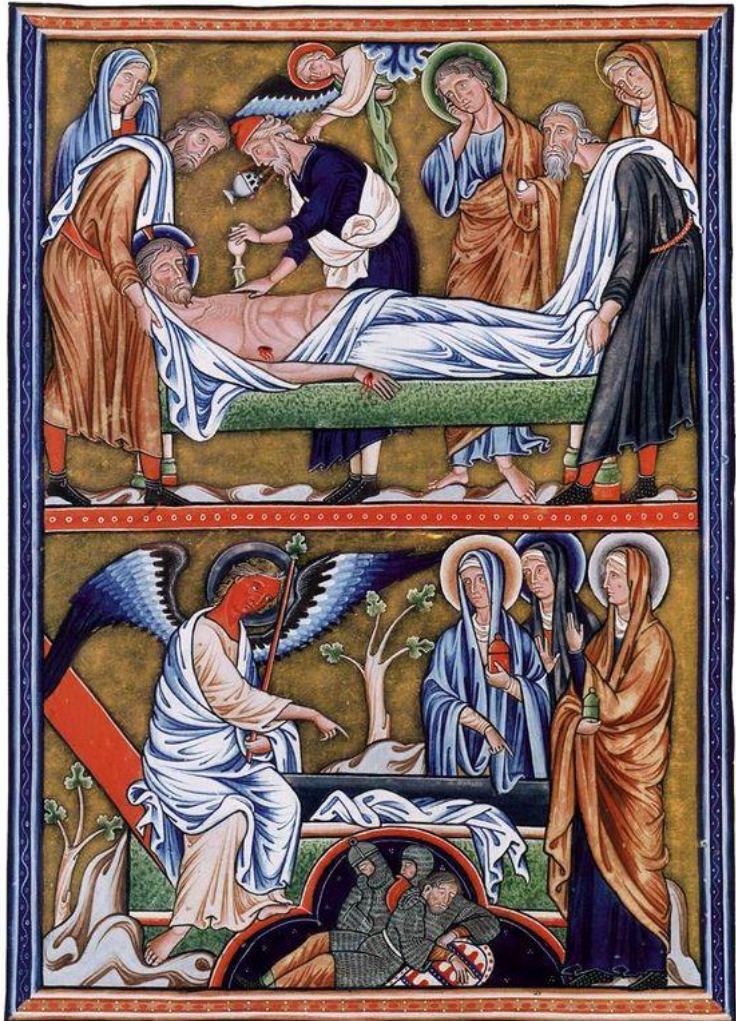
Reverendísimo José Tyson, Obispo de Yákima

"Un año favorable al Señor." Esa frase tomada de Isaías 61 y Lucas 4 para esta Misa Crismal encuentra su eco en los escritos del Papa Francisco sobre esta pandemia de COVID-19. ¿Cómo podríamos ver este último año con su enfermedad y desafíos económicos como "un año favorable al Señor"?

La clave interpretativa se encuentra al principio de ambos pasajes: la unción. Después de Jesús, las mujeres vinieron con aceite perfumado para ungir el cuerpo como era costumbre en el entierro. Fueron testigos de la brutal muerte de Jesús. Clavado a una cruz, Jesús se debilitó lentamente. El olor de su sangre de su flagelación probablemente atrajo a buitres que vendrían y picotearían como su carne. En la cruz, Jesús sería incapaz de levantarse para poder respirar. Lentamente se asfixió hasta morir.

Seguramente, después de una muerte tan horrible, las mujeres no tenían ninguna esperanza de que Jesús pudiera "resucitar de entre los muertos." Pero la conmoción de una tumba vacía y el mensaje de que había resucitado de entre los muertos los dejó con aceite perfumado.

¿Qué pasa con el aceite? Con la resurrección de Jesús y su conquista de la muerte, el aceite perfumado ya no es para los muertos. Es para los vivos. Es el aceite que bendicimos hoy. El aceite del catecúmeno está destinado a allanar el camino para aquellos a quienes damos la bienvenida a evangelizar la Iglesia. El aceite de los enfermos está destinado a aliviar el sufrimiento de los enfermos y moribundos. El aceite perfumado del crisma unge a los que bautizamos, confirmamos y ordenamos.



Sin embargo, como el Papa Francisco señala tan elocuentemente, este aceite está destinado a tocar y calmar un mundo herido. ¿Dónde están esas heridas? Pienso en nuestros sacerdotes aquí en la Diócesis de Yakima. Padre Alex Trejo fue el primer sacerdote en los Estados Unidos con el diagnóstico de COVID-19. Pienso en la familia de David Muñoz. David trabajaba en una planta empacadora de frutas y murió de COVID-19. Pienso en los muchos trabajadores esenciales en nuestras plantas empacadoras de frutas y almacenes enfermos por COVID-19. Pienso en los muchos empleadores que no pudieron asegurar el equipo de protección para sus trabajadores justo en el momento en que el condado de Yakima tenía la tercera tasa más alta de infección en los Estados Unidos. Pienso en los muchos propietarios de pequeñas empresas y sus familias que pasaron apuros, así como en aquellos que bien podrían perder su pequeña empresa debido a COVID-19. Pienso en cómo las profundas divisiones políticas, raciales y sociales en nuestro país magnificaron la tragedia humana de la pandemia de COVID-19.

Sin embargo, es por eso que les estoy tan agradecido, los sacerdotes aquí en la Diócesis de Yakima. Cuando nuestra gente no podía venir a la Iglesia, salías con ellos. Lo hizo con masas en línea y en las masas de estacionamiento. Encontraste formas de celebrar funerales, bodas y el sacramento de la penitencia de manera segura. Lo mismo ocurre con su apoyo a la educación religiosa. Durante mi reciente visita a Bridgeport, 15 familias de feligreses perdieron sus hogares en los incendios silvestre. Uno de los feligreses estaba compartiendo con el otro feligrés sobre la clase de Zoom que están teniendo para la preparación de la primera comunión. El crisma de su sacerdocio llegó incluso a las zonas de fuego del centro norte de Washington.

Así que gracias. Gracias, Padre David Jiménez y Monseñor Ron Metha, por sus 25 años de servicio sacerdotal. Gracias, Padre Alberto Cerezo, Padre John O'Shea, y Padre Seamus Kerr por tus 60 años de ministerio. Gracias, sacerdotes y diáconos de la Diócesis de Yakima, por permitir que el aceite de su ordenación gotee de nuestras parroquias y escuelas, llegando incluso a nuestros campamentos de migrantes. Gracias por los muchos fieles pacientes laicos que han trabajado en cooperación con el clero de su parroquia para encontrar formas de reabrir nuestras parroquias y escuelas de manera segura en el centro de Washington.

San Agustín a menudo reflexionaba sobre el duro sufrimiento que veía en el mundo. ¿Por qué? ¿Por qué?, se preguntó. No tuvo respuesta. Pero notó la forma inusual en que la bondad parecía florecer en su proximidad al mal.

Esto es lo que veo en todos ustedes. Sois instrumentos de la gracia de Dios. Permites que Dios saque el bien del mal. Le permites que te acerque a la proximidad de la tensión política, la enfermedad humana y el sufrimiento social. Lo hace para permitir que el reino eterno de Dios irrumpa en nuestro mundo herido. Al igual que el Papa Francisco, podemos ver las muchas formas en que este ha sido "un año favorable al Señor".

¡La paz sea con ustedes!

Arte: Miniatura del Salterio de Ingeborg, siglo XIII. Unción del cuerpo muerto de Cristo (Juan 19: 39-40); Mujeres con crisma en la tumba (Lucas 24: 1). Dominio público.